

# HERNANDO DE SOTO CONSTRUCTOR DE LA PRIMITIVA FORTALEZA DE LA HABANA

Por  
EMILIO ROIG  
DE LEUCHSENING

EL 7 de junio de 1538, a los dos meses de su partida de Sanlúcar de Barrameda, llegó la flota expedicionaria de Hernando de Soto, después de un feliz viaje con vientos favorables en su travesía, al puerto de Santiago de Cuba. La *San Cristóbal*, nave capitana, al franquear el canal de entrada de dicho puerto, cuando un jinete que hacía guardia en la orilla, tomó el barco por pirático, y con el propósito de que tanto ése como los demás que le seguían naufragaran, encallando en unos bajos en aquel lugar existentes, gritó a los expedicionarios: "¡A babor! ¡a babor!", orden que se apresuró a cumplir la *San Cristóbal*; mas luego aquél, reconociendo por los trajes y las voces ser española la armada, dió inmediata contraorden gritando "¡A estribor! ¡a estribor! ¡que se pierden!", haciéndoles, además, señas para que volteasen, pero no obstante la diligencia de los marineros la embarcación recibió fuerte golpe contra una peña, quebrándose en las bodegas varias vasijas de aceite, vino, vinagre y miel.

Creyendo que el navío corría peligro de hundirse, fueron sacadas en un bote doña Isabel, doña Leonor y sus doncellas, y refiere el Inca Garcilaso de la Vega que con ellas «salieron algunos caballeros mozos no experimentados en semejantes peligros, los cuales se daban tanta prisa a entrar en el batel, que perdido el respeto que a las damas se les debe, no se comedían ni daban lugar a que ellas entrasen primero, pareciéndoles que no era tiempo de comedimientos».

Por el contrario, Soto, "como buen capitán y práctico no quiso, aunque se lo importunaron, salir de la nao hasta ver el daño que había recibido, y también por la socorrer de más cerca si fuese menester; y por obligar con su presencia a que no la desamparasen todos". Y cuando se comprobó no haber sufrido desperfecto la embarcación, "se alegraron todos, y los que habían sido mal comedidos y muy diligentes en salir a tierra quedaron corridos".

Disipado el temor de los vecinos de Santiago, y explicado a Soto que la actitud adoptada en un principio debíase a la creencia de haber regresado con nuevas embarcaciones los piratas franceses que poco antes, el 5 de abril, habían tratado de asaltar, saquear y quemar la ciudad, todos se dispusieron a festejar al

adelantado y nuevo Gobernador de la Isla, saliendo—continúa el Inca—"con mucha fiesta y regocijo a recibir y dar el parabien de su buena venida.. y le suplicaron les perdonase, que aquel miedo les había causado mal consejo".

Muchas fueron las fiestas públicas que se celebraron en honor de Soto y su gente: "unas veces con danzas, saraos y máscas-



HERNANDO DE SOTO

ras que hacían de noche: otros con juegos de cañas y toros que corrían y alanceaban; otros días hacían regocijo a la brida corriendo sortija, y a los que en ella se aventajaban en la destreza de las armas y caballería, o en la discreción de la letra, o en la novedad de la invención, o en la lindeza de la gala, se les daban premios de honor, de joyas de oro y plata, seda y brocado que para los victoriosos estaban señalados; y al contrario, daban asimismo premios de vituperio a los que lo hacían peor: no hubo justas ni torneos a caballo ni a pie por falta de armaduras".

Por este pintoresco relato del Inca Garcilaso de la Vega queda enterado el lector de cuáles eran y cómo se celebraban las fiestas públicas en días de regocijo oficial, en la ciudad de Santiago de Cuba, hacia la primera mitad del siglo XVI.

Al día siguiente de su arribo a Santiago, o sea el 8 de junio, se hizo cargo

Soto del gobierno de la Isla, presentando como su teniente en Santiago y su territorio al licenciado Bartolomé Ortiz, que se encontraba en aquella población enviado por la Audiencia para residenciar al gobernador Gonzalo de Guzmán, y ocupando el cargo—como primero de tal título en Cuba—de *Alcalde Mayor*. De este personaje dice Rodríguez Ferrer que era "hombre ya de edad y, aunque entendido, débil, y tan bueno en su condición privada, como apocado e irresoluto para habérselas con los alzados indios y los revolvedores e inquietos vecinos de las primeras poblaciones cubanas". Después de la muerte de Soto, Ortiz "fué relevado en su puesto por Dávila, y regresó a España perdiéndose para la historia sus posteriores actos".

En Santiago fué enterado Soto del asalto y saqueo de que acababa de ser víctima La Habana, por lo que ordenó la salida inmediata del capitán Mateo Aceituno hacia este puerto, con un centenar de soldados y artesanos, a fin de que tomase las disposiciones oportunas para dar cumplimiento a las órdenes reales referentes a la fortificación y defensa de la villa.

Estas órdenes databan de 20 de marzo de aquel año, según documento que se conserva en el Archivo General de Indias, de Sevilla, en el cual la Reina daba cuenta al adelantado don Hernando de Soto, "nuestro gouernador de la ysla de cuba y de la proincia florida... que yo he mandado hacer vna fortaleza en la habana ques en la dicha ysla de cuba asi para guarda della como para amparo y defensa de los nauios que van y vienen a las yndias", encargándole le informase "si sería cosa mas conveniente hazer en lugar de dicha fortaleza vn cortijo a manera de cibdadela en el morro que esta cerca del puerto de se Recogesen o poblasen los moradores que allí hobiese... y escogendo lo mas seguro y menos costoso aquello porneys por obra", realizando esas gestiones "de manera que con toda breuedad se haga la dicha fortaleza".

A fines de agosto salió la expedición por mar para La Habana, acrecentada con los voluntarios reclutados en Santiago y Bayamo; y el 15 de septiembre iniciaron la marcha por tierra hacia esta capital Soto y sus capitanes, en número de unos cincuenta jinetes. Doscientos jinetes más, divididos en secciones de cincuenta, les seguían, salidos de Santiago a intervalos de ocho días cada sección, a fin de facilitar el alojamiento y aprovisionamiento de hombres y caballos en los escasos y po-brísimos ranchos de los indígenas o en las haciendas, durante la larga travesía.

Soto y sus jefes llegaron a La Habana a mediados de octubre, ocupándose en seguida de que se cumplieran las instruc-

ciones dadas desde Santiago, de acuerdo con los deseos reales, para la construcción de una fortaleza. Tuvo primero que resolver diversas dificultades presentadas en lo referente a la recaudación del dinero ofrecido por la Corona y a la oposición que hizo el Cabildo de Santiago de Cuba al proyecto de fortificar La Habana, por estimar que Santiago y no La Habana «es lo que ha de permanecer en esta Isla».

El 19 de mayo de 1539 zarpó Soto con su expedición del puerto de La Habana, dejando encomendada la construcción de la fortaleza al ya citado Mateo Aceituno, con un sueldo de cien mil maravedís al año. Del gobierno de La Habana dejó Soto hecho cargo a Juan de Rojas y del Santiago de Cuba, a Bartolomé Ortiz, y según refiere Pezuela, «nominalmente del de toda la Isla a su esposa doña Isabel de Bobadilla», primer mujer que en tierras americanas fué elevada a la altísima categoría de representante del monarca español, como gobernadora general de la Isla de Cuba.

Siete meses tardó Aceituno en construir la fortaleza, dejándola, según su propio dicho, en 12 de marzo de 1540 «acabada y para se poder habitar y morar y fender y defender». No obstante los elogios que de esta primitiva fortaleza de La Habana hizo su constructor y después «alcaide y tenedor», declaró, en 31 de marzo de 1545, el gobernador Juanes Dávila, sucesor de Soto, que de fortaleza no tenía más que el nombre, encontrándose, además, mal situada, por quedar dominada por un cerro que se supone fuera la llamada Peña Pobre—casi desaparecida posteriormente con el ensanche y construcciones de la ciudad—, así como que era innecesario alcaide para mandarla, sino que el representante, del gobernador en La Habana podía encargarse de ella, y al efecto, Dávila sustituyó a Aceituno por Francisco de Parada, que ostentaba aquella representación.

Esa primitiva fortaleza no es, como erróneamente suponen algunos, el mismo castillo de La Fuerza que ha llegado hasta nosotros, pues aquella primera fortificación tuvo su asiento en lugar distinto de la ribera de entrada del puerto—en el sitio donde estuvo, según Miss Wright hasta el gobierno del presidente Gerardo Machado la Secretaría de Estado, al comienzo de la calle de Tacón, hoy Avenida Roosevelt, o en el saliente de tierra de la antigua Maestranza de Artillería, al decir de Pérez Beato—, donde años más tarde se levantó La Fuerza, después de quedar destruida la fortaleza primitiva en el asalto y toma de La Habana por el corsario francés Jacques de Sores, el 10 de julio de 1555.

Por estas circunstancias es por lo que resulta totalmente falsa la versión propalada entre el vulgo y recogida por al-

gunas guías comerciales de La Habana, de que desde una de las ventanas del actual castillo de la Fuerza esperó a diario, durante meses, doña Isabel de Bobadilla, la vuelta de su esposo, Hernando de Soto, quien jamás regresó a la Isla.

No fué hasta 1556 que, por Real Cédula de 9 de febrero, se ordenó por la Corona la construcción de otra fortaleza, eligiendo el gobernador Diego de Mazariegos, como sitio de emplazamiento, el de las casas de Juan de Rojas. Poco a poco fueron realizándose los trabajos de la edi-

ficación de La Fuerza, con tal lentitud, que comenzados en 1558 por Bartolomé Sánchez, no se terminaron hasta 1577, por Francisco de Calona, gobernando la Isla Francisco Carreño. La torre fué levantada en tiempos del gobernador Juan Bitrián de Viamonte (1630-1634), quien colocó en lo alto una estampilla de bronce—modelada por Jerónimo Martín Pinzón, artífice fundidor-escultor—que allí se conserva y es considerada popularmente como símbolo representativo de la ciudad de La Habana.

## EL BARIO Y LA GUERRA

Por

ANGEL HERNANDEZ

Los ejércitos aliados han vencido las defensas de la fortaleza europea de Hitler, y hoy, se lanzan al asalto decisivo contra el corazón mismo de la Alemania «nazi». Cada tanque, cada avión, cada uno de los carros porta-ame-tralladoras y de los miles de camiones que han hecho posible el rápido avance de los aliados lleva, pintado de blanco, un número de matrícula. Con toda seguridad la pintura blanca utilizada para tal objeto contiene protóxido de bario.

La historia de este mineral, conocido también bajo el nombre de «barita», es muy antigua. Ya en el año 1602 el investigador Casciorolus había constatado que, la calcinación del mineral espato con material combustible produjo una sustancia fosforescente que llamó «lapis solis» o «piedra de sol». Se compuso durante mucho tiempo el material espato con yeso. Luego, en 1774, otros investigadores llegaron a la conclusión de que contenía un cuerpo nuevo, desconocido, al cual el gran químico francés Lavoisier, a fines del siglo XVIII dió el nombre genérico de «barita» (del griego: *barus*, que significa posado). La barita es en efecto sulfato de bario que se caracteriza por su color habitualmente blanquecino. El metal bario, que de ella se obtiene se emplea, en pequeña escala, como agente favorecedor de aleaciones de plomo y calcio; y, mezclado con magnesio, aluminio o níquel en la fabricación de válvulas de radio.

La República de Cuba produce y exporta baritas que son consideradas de muy alto valor industrial. Y nuestros trabajadores que extraen los minerales de nuestras tierras, contribuyen así en forma importante al esfuerzo mundial de producción en favor de la victoria de los Aliados.

Entre las aplicaciones más importantes de las baritas blancas debemos citar su utilización en la fabricación del «litopone», una pintura blanca que contiene un 70% de baritas convenientemente mezclado con un 30% de óxido de zinc.

El «litopone» es, contrariamente a lo que sucede con las pinturas blancas a base de plomo, un producto que no ofrece ningún efecto tóxico peligroso para los que lo manipulan. El «litopone» es además muy estable y no es atacado ni por los gases de azufre. Por simple agregación de una pequeña dosis de cobalto se obtienen pinturas a base de bario extremadamente resistentes a los efectos descolorantes de los rayos solares. El «litopone» se emplea, por fin, en la manufactura de papel ordinario, de linóleo y de artículos de goma.

Gracias a métodos de precipitación adecuados se obtiene con protóxido de bario una pintura conocida con el nombre de «blanco fijo» o de «blanco inalterable». Es una pintura de un blanco intensamente puro y de grano muy fino, y se la emplea con buenos resultados como capa de fondo para la aplicación de colorantes a base de alquitrán, o como fijativo para ejecución de esmaltados, o como revestimiento para empapelar.

Las pinturas ordinarias a base de protóxido de bario se utilizan según su grado de pureza ya sea como disolvente para pinturas más finas, o como producto accesorio en las industrias del papel y del cuero así como en la industria textil.

Existen también otras baritas casi incoloras. Aunque menos valiosas que las blancas, no dejan por esto de ser útiles. Se las emplea como mezcla para pinturas opacas. Se las emplea también en la extracción del petróleo, convenientemente mezcladas con barro, al que le agregan su elevada densidad, contribuyen por su peso a rellenar el orificio de los pozos en curso de perforación y atajan así la salida del gas.

También se emplean las baritas en la fabricación del vidrio, aunque en pequeña escala. Como hacen al vidrio más flexible, sirven para la ejecución de complicadas molduras.

Numerosas otras aplicaciones tienen actualmente los derivados del bario.